

trastornos de nuestra debilidad, la enormidad de nuestras concesiones, hasta el punto de tropezarnos por todos los poros de evasión con la valla del oro norteamericano. ¿De qué extrañarnos? ¿Por qué atacar solamente a los yanquis, cuando nosotros somos los autores de su obra, y, en todo caso, más vergonzosamente responsables ante la Historia que aquéllos?

El hispanoamericano—hablo de una manera general, sin referirme a personas o países determinados—es externo, sensual, frívolo. Un muñeco vivo, en suma. Incorpora cinematográficamente las ideas, y las desliza por una pantalla *ad hoc*, su pueblo, ante todo y sobre todo, con la voluptuosidad de oírse y de ser oído. Como es sensual, es egoísta y no piensa en la ilimitada dilatación del horizonte humano. Ni siquiera que su existencia, y, por tanto, su poder, es un tránsito y tiene un límite, y que la única forma de prolongarse sería arquitecturar su nación, ajustar sus resortes para la eternidad, antes que buscar su propio y personal provecho, barnizado por esos teatrales actos a que tan aficionados somos los hispanoamericanos, más sensibles al vacío de la grandeza, de los títulos—rótulos—, que los europeos, que ya se ríen de los mismos cuando no emanan de un positivo e indiscutible valer. El hispanoamericano sólo persigue, pues, las más amplias comodidades materiales. Es su fin. No le importan los medios, aunque tratándose de los intereses de sus propios países sus *operaciones* constituyen verdaderos delitos. Los yanquis no desconocen estas debilidades, el fondo de sensual apetito que existe en casi todos nosotros, incluso en algunos políticos llenos de falso ardor revolucionario, y nos penetran y nos captan por este flanco.

He aquí una muestra definitiva de penetrante captación, que no será desmentida por ningún hispanoamericano que la haya comprobado en su país. Un estudiante se destaca, pidiendo emancipaciones sociales y económicas con epilépticos gestos revolucionarios y alzamientos atronadores de voz. Los yanquis saben qué, a la larga, contarán con una ficha más para su tablero. Y como el estudiante revolucionario, que viene con un aparente vendaval de saludable patriotismo, dispuesto a enmendarlo y resolverlo todo, pertenece a una clase social modesta, el éxito del plan capitalista está descontado. Una vez abogado, médico, etc., apenas disponga de algún ascendiente o de alguna perspectiva, será requerido por la Empresa yanqui más fuerte, para ser, verbigracia, abogado consultor. Ser abogado consultor es no ser absolutamente nada. Pero es recibir un sueldo fantástico. Cada Sociedad o Empresa yanqui cuenta con un manojito de consultores, en los que estimula—no hace falta sembrar—la semilla de sus personales ambiciones, sus afanes inmoderados de *figurar*, como por allí se dice. Financiados por tales Empresas, los consultores serán progresivamente concejales, diputados, ministros acaso, o sin acaso, presidentes de la República. El revolucionario, el *mitinero*—valga el término—adversario de los hombres que se halla-

bán en el Poder mientras era un simple ciudadano, es, en pocos años, poseedor de fincas, de coches, dueño de una vida muelle y regalada y de una fuerza material que no esperó en sus épocas de miseria, porque es la realidad sobrepasando el fondo del más profundo de sus sueños. Todo ello, claro está, más o menos indirectamente, a expensas de la carne y la sangre de la nación.

He aquí el gran secreto del imperialismo. Por este procedimiento, los capitalistas yanquis, sin ostentar otro carácter que éste, gozan ocultamente de más influencia y dominio cerca de algunos Gobiernos hispanoamericanos que sobre el suyo propio. Todo el estado mayor político y social de aquellos países está elaborado y colocado por ellos. ¿Cómo se van a rebelar los miembros de esta Liga nefasta, si ello implicaría la clara difusión de un secreto a voces—de un secreto cada vez mejor disimulado entre gritos patrioterros—, y que es la entraña misma de su propia subsistencia?

Cuando surgen los hombres capaces, los hombres con naturaleza de tales, se provocan los dramas. Sinceramente quieren hacer un país de su país y extirpar el círculo vicioso en que se les ha situado. Tarea enorme, que exige el despliegue de energías heroicas. Porque se encuentran que cuando las cosas no están vendidas, los hombres están comprados, y que esta situación va del núcleo más íntimo a la periferia en círculos que se extienden hasta resultar casi irrefrenables. Entonces, resolver el problema de los hombres es tropezarse con las cosas, o viceversa. Y para esta lucha, cuando ya se plantea, franca y resuelta, se opone la resistencia efectiva de la imponderable fuerza de los Estados Unidos de Norteamérica, que no tiene otro camino que acudir a defender el sostenimiento de voluminosos capitales invertidos. Contra los hombres no cabría, pues, sino una radical extirpación, aunque en muchos casos equivaldría a despoblar los países enteros.

Tal es la actual verdad histórica de no pocas naciones hispanoamericanas. Como se habrá observado, el asunto comienza con la pueril y alegre inconsciencia de un sainete, y va terminando en tragedias dolorosas y asfixiantes. El sainete lo hacemos y representamos nosotros. La tragedia es consecuencia inevitable, que el tiempo incesante va perfilando. ¿Cuántos de nuestros países podrán substraerse a estas consecuencias? El caso heroico de México es ejemplar en todos sus aspectos y derivaciones. El americano del Norte inicia el acatamiento a la fuerza propia de este país. Y los otros, ¿sabrán recapacitar, enjuiciarse a sí mismos, aprovechar el ejemplo, para recuperarse y vivir en la plenitud de los pueblos auténticamente libres? Este es el verdadero problema. No se diga que con tal conducta perderían el capital norteamericano, urgente para fecundarse. El capital en Norteamérica es excesivo. Necesariamente, por presión de su peso, tiene que emigrar y expandirse, porque rebosa en su propio suelo. Hispanoamérica es el lugar más adecuado para su alojamiento, entre otras, por una razón de determinismo geográfico. Solo, perdería el capital su peligroso carácter imperialista, que nosotros mismos acentuamos. Y para eliminar tan agudo peligro, sería imprescindible que nos sacudiéramos cuanto antes de ese trivial imperialismo interno—que no quiero calificar menos sagazmente—, autor de los más grandes y profundos desconciertos hispanoamericanos. Tal es la verdad exacta. En mi sentir bastan, pues, estas notas, brevemente trazadas, para darse cuenta de lo que es y significa el conflicto, en potencia, en muchos de nuestros países.

Dejo ahora al imparcial criterio del lector español el decidir sobre quién engendra y robustece el imperialismo yanqui, o, en el caso de aceptar ambos, cual de los dos imperialismos, el norteamericano o el nuestro, es más inmoral y repulsivo.

Félix del Valle

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente